

1er. Capítulo

ANGELOLOGY
EL LIBRO DE LAS GENERACIONES

DANIELLE TRUSSONI



TODO
FENÓMENO
EDITORIAL
TIENE UN
PRINCIPIO

EL MUNDO ESTÁ A PUNTO DE DESCUBRIR EL PODER IRRESISTIBLE,
LA BELLEZA MISTERIOSA Y EL SORPRENDENTE SECRETO QUE
HABITA ENTRE LAS PÁGINAS DE ANGELOLOGY.

Danielle Trussoni

ANGELOLOGY

EL LIBRO DE LAS GENERACIONES

Traducción de Gabriella Ellena Castellotti y
Francisco García Lorenzana

Para Angela

La angelología, una de las ramas originales de la teología, cristaliza en la persona del angelólogo, cuyas atribuciones incluyen tanto el estudio teórico del sistema angélico como su ejecución profética a través de la historia de la humanidad.

Cueva de la Garganta del Diablo, montañas Ródope, Bulgaria
Invierno de 1943

Los angelólogos examinaron el cuerpo. Estaba intacto, sin indicios de descomposición; la piel, tan tersa y tan blanca como el pergamino. Los ojos sin vida color aguamarina, entornados hacia el cielo. Unos rizos pálidos caían sobre la frente alta y los hombros esculturales, formando un halo de cabello dorado. Incluso las ropas —de un material metálico de extremada blancura que ninguno de los presentes supo identificar— permanecían inmaculadas, como si la criatura hubiera muerto en una habitación de hospital en París, y no en una cueva en las profundidades de la tierra.

No debería haberles sorprendido encontrar el ángel en tal estado de conservación. Las uñas de las manos, nacaradas como el interior de la concha de una ostra; el abdomen, distendido y terso, sin ombligo; la inquietante translucidez de la piel; todos los rasgos de la criatura eran como sabían que debían ser, incluso la posición de las alas era la correcta. Y, aun así, era demasiado bello, demasiado vital para algo que sólo habían estudiado en bibliotecas mal ventiladas, en reproducciones de pinturas del siglo xv extendidas ante ellos como si de mapas de carreteras se tratara. Durante toda su carrera habían anhelado encontrarse ante aquello. Aunque ninguno de ellos lo habría admitido, en secreto sospechaban que se encontrarían un cadáver monstruoso, apenas huesos y jirones de fibras, como algo extraído de un yacimiento arqueológico. Pero en su lugar había eso: una

mano esbelta y delicada, una nariz aquilina, unos labios rosados apretados en un beso eterno. Los angelólogos se inclinaron sobre el cuerpo contemplándolo con el aliento contenido, como si esperasen que en cualquier momento la criatura parpadeara y despertara.

LA PRIMERA ESFERA

Esta fábula sirva de advertencia a los que tienen puesto el pensamiento en la suprema soberana esencia; porque quien, sin hacer a lo violento de sus pasiones firme resistencia, vuelve los ojos a otro indigno asiento, pierde el gozar de lo que más desea, mientras en lo inferior la vista emplea.

BOECIO, *El consuelo de la filosofía*

*Convento de Saint Rose, valle del río Hudson, Milton,
Nueva York*

23 de diciembre de 1999, 4.45 horas

Evangeline se despertó antes de que saliera el sol, cuando el cuarto piso estaba aún a oscuras y en silencio. Sin hacer ruido, para no despertar a las hermanas que habían estado orando durante toda la noche, cogió sus zapatos, las medias y la falda, y caminó descalza hasta el cuarto de baño comunitario. Se vistió con rapidez, medio dormida, sin mirarse al espejo. Por una rendija de la ventana del lavabo, observó los jardines del convento, envueltos en la bruma del amanecer. Un amplio patio cubierto de nieve se extendía hasta la orilla del agua, donde una hilera de árboles desnudos marcaba el curso del Hudson. El convento de Saint Rose se ubicaba peligrosamente cerca del río, tanto que a plena luz del día parecían existir dos conventos distintos: uno en tierra y el otro meciéndose ligeramente por encima del agua, el primero fundiéndose con el siguiente, una ilusión rota en verano por las barcazas y en invierno por los dientes de hielo. Evangeline contempló cómo fluía el río, una ancha tira de negrura contra la nieve de un blanco purísimo. Pronto la mañana doraría el agua con la luz del sol.

Inclinada sobre el lavabo de porcelana, se echó agua fría en la cara, disolviendo los retazos del sueño. Aunque no podía recordarlo, seguía viva en su memoria la impresión que le había causado: una estela de premonición que había dejado un paño mortuario sobre sus pensamientos, una

sensación de soledad y confusión que no podía explicar. Medio dormida, dejó caer al suelo su pesado camisón de franela y, sintiendo el frío del cuarto de baño, comenzó a temblar. De pie sólo con las bragas blancas y la camiseta de algodón —piezas de ropa estándar compradas al por mayor y distribuidas cada dos años entre todas las hermanas de Saint Rose—, se evaluó con ojo analítico: los brazos y las piernas delgados, el vientre plano, el cabello castaño y despeinado, el colgante de oro que descansaba sobre el esternón. La imagen que flotaba en el espejo delante de ella era la de una mujer joven y adormilada.

Evangeline se estremeció de nuevo a causa del frío y se volvió hacia donde estaba su ropa. Tenía cinco faldas idénticas de color negro que le llegaban hasta las rodillas, siete jerséis de cuello alto negros para los meses de invierno, siete discretas blusas de manga corta de algodón para el verano, un suéter de lana negro, quince pares de bragas blancas de algodón e innumerables medias negras de nailon: ni más ni menos de lo que era necesario. Se puso un jersey de cuello alto y ajustó una cinta sobre el cabello oscuro y corto, ciñéndola firmemente en la frente antes de sujetar el velo negro. Luego se puso unas medias y una falda de lana, abotonando, cerrando cremalleras y alisando las arrugas con un gesto rápido e inconsciente. En cuestión de segundos, desapareció su yo privado y se convirtió en la hermana Evangeline, hermana franciscana de la Adoración Perpetua. Con el rosario en la mano, se completó la metamorfosis. Depositó su camisón en el cesto para la ropa situado en el extremo más alejado del cuarto de baño y se preparó para enfrentarse a un nuevo día.

La hermana Evangeline había asistido cada día a la plegaria de las cinco de la mañana durante el último lustro, desde que completó su formación y tomó los votos a los dieciocho años. Sin embargo, vivía en Saint Rose desde los doce, y conocía el convento tan íntimamente como se conoce el temperamento de un amigo muy querido. Había convertido en una ciencia su ruta matinal por el recinto. Mientras atravesaba cada piso, sus dedos acariciaban las

balaustradas de madera y sus zapatos se deslizaban por los rellanos. A esa hora el convento siempre estaba vacío, sepulcral, sumergido en un mar de sombras azuladas, pero después del amanecer Saint Rose rebosaría de vida, una colmena de trabajo y devoción, cada estancia brillando de actividad sagrada y oraciones. El silencio desaparecería pronto: las escaleras, las salas comunitarias, la biblioteca, el comedor y la docena de dormitorios del tamaño de un armario cobrarían muy pronto vida con el despertar de las hermanas.

Bajó corriendo los tres tramos de escalera. Podría haber llegado a la capilla con los ojos cerrados si ella hubiera querido.

Al alcanzar el primer piso, penetró en el imponente vestíbulo central, la columna vertebral del convento de Saint Rose. A lo largo de las paredes colgaban los retratos enmarcados de abadesas fallecidas mucho tiempo atrás, de hermanas distinguidas, así como de las diversas encarnaciones del propio edificio del convento. Cientos de mujeres miraban desde los cuadros, recordando a cada hermana que pasaba por allí, de camino a la plegaria, que formaba parte de un matriarcado antiguo y noble en el que todas las mujeres —tanto las vivas como las difuntas— estaban unidas en una misión común.

Aunque sabía que se arriesgaba a llegar tarde, la hermana Evangeline se detuvo en el centro del vestíbulo. Allí, la imagen de Rosa de Viterbo, la santa que daba nombre al convento, colgaba en un marco dorado, sus diminutas manos unidas en plegaria, una aureola evanescente brillaba alrededor de su cabeza. Santa Rosa había tenido una vida breve. Poco después de su tercer cumpleaños, los ángeles habían empezado a susurrarle, instándola a difundir su mensaje a todos los que quisieran escuchar. Rosa cumplió con su cometido y se ganó su santidad de joven, cuando, después de predicar la bondad de Dios y de Sus ángeles en una aldea pagana, fue condenada a muerte por brujería. La gente del pueblo la ató a una estaca y le prendió fuego. Para gran consternación de la muchedumbre, la joven no se que-

Corredor suroeste de Central Park, ciudad de Nueva York

Lejos de la agitación de los compradores navideños, oscurecida en un remanso de gélida tranquilidad, una figura fantasmagórica esperaba junto a un banco del parque. Alto, pálido, frágil como la porcelana china, Percival Grigori parecía poco más que una extensión de la nieve que se arremolinaba a su alrededor. Sacó un pañuelo de seda blanco del bolsillo de su abrigo y, en un espasmo violento, tosió en él. Su visión parpadeaba y se nublaba con cada ataque y, después, en un instante de respiro, volvía a enfocarse. El pañuelo de seda había quedado manchado con gotas de una sangre azul y luminosa, tan vívida como esquivas de zafiros sobre la nieve. No valía la pena seguir negándolo. Su estado se había agravado más y más en los últimos meses. Mientras se despojaba de la tela ensangrentada en la acera, la piel de su espalda se erizó. Su incomodidad era tal que hasta el menor movimiento era una tortura.

Percival miró el reloj, un Patek Philippe de oro macizo. Había hablado con Verlaine la tarde anterior únicamente para confirmar la cita, y había sido muy claro con respecto a la hora: a las doce en punto. Eran las 12.05. Irritado, se sentó en el frío banco del parque, golpeando el suelo helado con su bastón. Le disgustaba tener que esperar, mucho más a un hombre al que estaba pagando tan generosamente. Su conversación telefónica del día anterior había sido rutinaria, funcional, sin cortesías. Percival no era amigo de

mó, sino que permaneció envuelta en llamas durante tres horas, conversando con los ángeles mientras las llamas lamían su cuerpo. Algunos creyeron que los ángeles habían rodeado a la muchacha, cubriéndola con una armadura transparente y protectora. Finalmente, murió por efecto de las llamas, pero la intervención milagrosa dejó su cuerpo intacto. El cadáver incorrupto de santa Rosa se llevaba en procesión a través de las calles de Viterbo cientos de años después de su muerte, sin evidenciar la más mínima marca de la ordalía en el cuerpo adolescente.

Recordando la hora, la hermana Evangeline se apartó del retrato y caminó hasta el fondo del vestíbulo, donde un gran pórtico de madera tallado con escenas de la Anunciación separaba el convento de la iglesia. A un lado del umbral, la hermana Evangeline se encontraba en la simplicidad del convento; al otro se levantaba la majestuosa iglesia. Oyó cómo se agudizaba el sonido de sus pasos cuando dejó atrás la moqueta para pisar un suelo de mármol rosa pálido con vetas verdes. Bastaba un paso para cruzar el umbral, pero la diferencia era inmensa. Allí, el aire era más denso, impregnado de incienso, y la luz procedente de los vitrales estaba saturada de color azul. Las paredes de yeso blanco daban paso a grandes lienzos de piedra. El techo se elevaba. Su vista se ajustó a la abundancia de dorados del neorococó. Cuando abandonó el convento, los compromisos terrenales de la hermana Evangeline con la comunidad y la caridad quedaron a un lado y entró en la esfera de lo divino: Dios, María y los ángeles.

En sus primeros años en Saint Rose, la cantidad de imágenes angelicales en la iglesia de Maria Angelorum le había parecido excesiva. De niña pensaba que eran abrumadoras, demasiado omnipresentes e inquietantes: las criaturas ocupaban hasta el último recoveco de la iglesia, dejando poco espacio para nada más. Los serafines rodeaban la cúpula central; los arcángeles de mármol sostenían las esquinas del altar. Las columnas presentaban incrustaciones de halos, trompetas, arpas y pequeñas alas de oro; los rostros tallados de los *putti* miraban desde los extremos de los ban-

cos, hipnotizantes y compactos como murciélagos de la fruta. Aunque comprendía que la opulencia era una ofrenda al Señor, un símbolo de su devoción, secretamente, Evangeline prefería la sencilla funcionalidad del convento. Durante su formación había mantenido una actitud crítica para con las hermanas fundadoras, preguntándose por qué no habían utilizado tanta riqueza para fines mejores. Pero, como en tantas otras cosas, sus objeciones y sus preferencias habían desaparecido después de tomar los hábitos, como si la ceremonia de investidura hubiera provocado que una parte de ella se disipara y adoptara una forma nueva, más uniforme. Después de cinco años como profesa, la muchacha que había sido prácticamente había desaparecido.

Tras detenerse para sumergir el dedo índice en la pila de agua bendita, la hermana Evangeline se santiguó —frente, corazón, hombro izquierdo, hombro derecho— y avanzó a través de la estrecha basílica neorománica, pasó por las catorce estaciones del vía crucis, los bancos de roble rojo y respaldo recto, y las columnas de mármol. Bajo la débil luz, la monja siguió el amplio pasillo central de la nave hasta la sacristía, donde cálices, campanillas y vestiduras esperaban encerrados en armarios la hora de la misa. Al final de la sacristía, llegó hasta una puerta. Respiró profundamente y cerró los ojos, como si se estuviera preparando para una mayor claridad. Posó la mano en el frío pomo de bronce y, con el corazón latiendo con fuerza, empujó la puerta.

La capilla de la Adoración apareció ante de ella, inundando su visión. Sus muros resplandecían, dorados, como si hubiera entrado en un huevo Fabergé esmaltado. La capilla privada de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua tenía una elevada cúpula central y unas grandes vidrieras que ocupaban todas las paredes. La obra maestra central del recinto era un conjunto de vitrales bávaros que se extendían por encima del altar, representando las tres esferas angelicales: la primera esfera, la de los serafines, los querubines y los tronos; la segunda, la de las dominaciones, las virtudes y las potestades; y la tercera, la de los principados, los arcángeles y los ángeles. Las tres esferas juntas

formaban el coro celestial, la voz colectiva del cielo. Todas las mañanas, la hermana Evangeline se quedaba mirando a los ángeles flotando en la extensión de vidrio resplandeciente e intentaba imaginar su brillo natural, la luz pura que irradiaba de ellos.

Evangeline observó a las hermanas Bernice y Boniface —que debían adorar todas las mañanas de cuatro a cinco—, de rodillas delante del altar. Juntas, las religiosas recorrían con los dedos las cuentas talladas de madera de su rosario de siete décadas, como si intentasen susurrar hasta la última sílaba de la oración con la misma concentración con que habían susurrado la primera. Se podía encontrar a dos hermanas de hábito completo, arrodilladas una al lado de la otra en la capilla, en cualquier momento del día y de la noche, sus labios moviéndose de forma sincronizada en la plegaria, unidas por el mismo propósito en el altar de mármol blanco. El objeto de su adoración estaba encerrado en un relicario dorado en forma de estrella colocado muy por encima del altar: una hostia suspendida en una explosión de oro.

Las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua habían rezado cada minuto de cada hora de cada día desde que la madre Francesca, su abadesa fundadora, había iniciado la adoración a principios del siglo XIX. Casi doscientos años después, el rezo proseguía, formando la cadena de oración continua más larga y más persistente del mundo. Para las religiosas, el tiempo transcurría entre la genuflexión y el suave chasquido de las cuentas del rosario, y con el viaje diario del convento a la capilla de la Adoración. Hora tras hora llegaban a la capilla, se persignaban y se postraban con humildad ante el Señor. Rezaban bajo la luz de la mañana; rezaban a la luz de las velas. Rezaban por la paz y la gracia y el fin de los sufrimientos humanos. Rezaban por África, Asia, Europa y las Américas. Rezaban por los muertos y por los vivos. Rezaban por su mundo caído en desgracia.

Tras persignarse al unísono, las hermanas Bernice y Boniface abandonaron la capilla. Las faldas negras de sus há-

bitos —vestidos largos y pesados de factura más tradicional que el atuendo posterior al Concilio Vaticano II de la hermana Evangeline— se arrastraron por el suelo de mármol pulido mientras dejaban paso a la siguiente pareja de hermanas para que ocupasen su lugar.

La hermana Evangeline se hundió en el cojín de espuma del reclinatorio, cuya superficie aún conservaba el calor de la hermana Bernice. Diez segundos después se unió a ella la hermana Philomena, su compañera diaria de oraciones. Juntas continuaron el rezo que se había iniciado generaciones antes, una plegaria que corría a través de cada hermana de su orden como si fuera una cadena de esperanza perpetua. Un reloj de péndulo dorado, pequeño e intrincado, con sus muescas y engranajes sonando con suave regularidad bajo una cúpula de cristal protectora, dio cinco campanadas. El alivio inundó la mente de Evangeline: todo en el cielo y en la tierra iba perfectamente a su hora. Inclino la cabeza y empezó a rezar. Eran exactamente las cinco de la mañana.

En los últimos años, Evangeline había sido destinada a trabajar en la biblioteca del convento como asistente de su compañera de oración, la hermana Philomena. No cabía duda de que era una posición poco rutilante, en absoluto comparable a trabajar en la Oficina Misionera o ayudando en Reclutamiento, y no disfrutaba de ninguna de las recompensas de la labor caritativa. Como para subrayar la naturaleza ínfima de la posición, la oficina de Evangeline estaba ubicada en la parte más decrepita del convento, una sección expuesta a las corrientes de aire del primer piso, más allá de la sala de la propia biblioteca, con cañerías aquejadas de goteras y ventanas de la época de la guerra civil, una combinación que resultaba en humedad, moho y una gran abundancia de catarros todos los inviernos. De hecho, la hermana Evangeline había sufrido en los últimos meses una serie de infecciones respiratorias, que ella atribuía a las corrientes de aire.

Lo único bueno de la oficina de Evangeline era la vista. Su mesa de trabajo daba a una ventana orientada hacia la parte nororiental de los jardines, dominando el río Hudson. En verano el cristal transpiraba, dando la impresión de que el mundo exterior humeaba como una selva tropical; en invierno se helaba, y casi tenía la esperanza de que apareciera ante su vista una colonia de pingüinos. Evangeline astillaba la fina capa de hielo con un abrecartas y contemplaba cómo en el exterior los trenes circulaban a lo largo del río y las barcazas flotaban en él. Desde su mesa podía ver los gruesos muros de piedra que rodeaban los jardines, una frontera infranqueable entre las hermanas y el mundo exterior. Aunque el muro era una reliquia del siglo XIX, cuando las monjas se mantenían físicamente apartadas de la comunidad secular, seguía siendo una construcción sustancial en la imaginación de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua. De un metro sesenta de alto y sesenta centímetros de ancho, formaba un obstáculo fiel entre un mundo puro y otro profano.

Todas las mañanas, después de oración a las cinco en punto, el desayuno y la misa matutina, Evangeline se sentaba frente a la desvencijada mesa bajo la ventana de su oficina. La llamaba su «escritorio», aunque no tenía cajones para guardar sus cosas ni nada que se acercase remotamente al brillo de caoba del secreter en la oficina de la hermana Philomena. Aun así, era amplia y estaba ordenada, con todos los útiles habituales. Todos los días alisaba la hoja del calendario, alineaba los lápices, se colocaba con esmero el cabello bajo el velo y empezaba a trabajar.

Tal vez porque la mayor parte del correo de Saint Rose estaba relacionado con su colección de imágenes angelicales —cuyo índice principal se encontraba en la biblioteca—, la correspondencia íntegra del convento acababa al cuidado de Evangeline. La religiosa recogía el correo todas las mañanas en la Oficina Misionera de la primera planta; llenaba una bolsa negra de algodón con las cartas y luego regresaba a su mesa para clasificarlas. Su tarea consistía en ordenar las cartas (primero por fecha, después por orden al-

fabético de apellidos) y responder a sus consultas en el papel oficial del convento, un trabajo que llevaba a cabo con la máquina de escribir eléctrica en la oficina de la hermana Philomena, un espacio mucho más cálido que se abría directamente hacia la biblioteca.

Era una labor pausada, sistemática y regular, características que se ajustaban a la personalidad de Evangeline. Con veintitrés años, se sentía satisfecha al creer que su apariencia y su carácter estaban fijados: tenía los ojos grandes y verdes, el cabello oscuro, la piel pálida y una actitud contemplativa. Después de pronunciar sus votos finales, había elegido vestir ropas oscuras y sencillas, un uniforme que seguiría llevando el resto de su vida. No lucía ningún adorno en absoluto, excepto el colgante de oro, una lira que había pertenecido a su madre. Aunque el colgante era precioso, la antigua lira finamente labrada en oro tenía para ella un valor puramente sentimental. Lo había heredado tras la muerte de su madre. Su abuela, Gabriella Lévi-Franche Valko, le había entregado el colgante a Evangeline durante el funeral. Tras llevar a su nieta hasta una pila de agua bendita, Gabriella había enjuagado con delicadeza el colgante en el agua y se lo había colocado alrededor del cuello. Evangeline vio que una lira idéntica brillaba en el cuello de Gabriella. «Prométeme que lo llevarás siempre, día y noche, como lo hacía Angela», le había dicho. La abuela pronunció el nombre de la madre de Evangeline con una cadencia musical, aspirando la primera sílaba y acentuando la segunda: «Angel-a.» Evangeline prefería la pronunciación de su abuela a todas las demás y, de niña, había aprendido a imitarla a la perfección. Como sus padres, Gabriella se había convertido poco más que en un recuerdo poderoso. Sin embargo, sentía el peso colgante sobre su piel, una sólida conexión con su madre y con su abuela.

Evangeline suspiró y esparció ante sí el correo del día. Había llegado la hora de ponerse a trabajar. Tras escoger una misiva, rasgó el sobre con la hoja de plata de su abre-cartas, alisó el papel doblado sobre la mesa y lo leyó. Al instante supo que ése no era el tipo de carta que había ha-

bitualmente. No empezaba, como sucedía con la mayor parte de la correspondencia regular del convento, felicitando a las hermanas por sus doscientos años de adoración perpetua, o por sus numerosas obras de caridad, o por su dedicación al espíritu de la paz mundial. La carta tampoco incluía una donación o la promesa de un legado en un testamento, sino que comenzaba abruptamente con una petición:

Estimada representante del convento de Saint Rose:

En el transcurso de mis investigaciones para un cliente particular, ha llegado a mi conocimiento que la señora Abigail Aldrich Rockefeller, matriarca de la familia Rockefeller y mecenas de las artes, podría haber mantenido una breve correspondencia con la abadesa del convento de Saint Rose, la madre Innocenta, entre los años 1943 y 1944, cuatro años antes de la muerte de la señora Rockefeller. Recientemente he descubierto una serie de cartas de la madre Innocenta que sugieren una relación entre ambas mujeres. Como no logro encontrar ninguna referencia a ese vínculo en ninguna obra académica sobre la familia Rockefeller, les escribo para saber si los papeles de la madre Innocenta se encuentran archivados. De ser así, me gustaría pedirles que me permitieran visitar el convento de Saint Rose para verlos. Les aseguro que seré respetuoso con su tiempo y que mi cliente está dispuesto a cubrir todos los gastos. Muchas gracias por anticipado por su ayuda en esta cuestión.

Atentamente,

V. A. VERLAINE

Evangeline la leyó dos veces y, en lugar de archivarla de la forma habitual, se encaminó directamente al despacho de la hermana Philomena, cogió una hoja de papel de carta de una pila que se encontraba sobre su escritorio, la introdujo en el carro de la máquina de escribir y, con más vigor que de costumbre, comenzó a escribir:

Estimado señor Verlaine:

Aunque las hermanas del convento de Saint Rose sentimos un gran respeto por la investigación histórica, nuestra política actual no contempla el acceso a nuestro archivo o a nuestras colecciones de imágenes angélicas para investigaciones privadas o con propósitos editoriales. Por favor, acepte nuestras más sinceras disculpas.

Muchas bendiciones,

EVANGELINE ANGELINA CACCIATORE,
Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua

Evangeline firmó con su nombre al pie de la misiva, selló la carta con el sello oficial de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua y la introdujo doblada en un sobre. Tras mecanografiar la dirección de la ciudad de Nueva York en el mismo, le pegó un sello y colocó la carta en una pila de correo saliente que mantenía el equilibrio al borde de una mesa pulida a la espera de que Evangeline la llevara a la estafeta en New Paltz.

A algunos la respuesta podría parecerles algo severa, pero la hermana Philomena había dado órdenes específicas a Evangeline de que debía denegar el acceso a los archivos a todos los investigadores aficionados, cuyo número parecía ir en aumento los últimos años a raíz de la locura *new age* por los ángeles de la guarda y otros temas parecidos. De hecho, Evangeline había denegado el acceso a un grupo organizado con dichos fines hacía tan sólo seis meses. No le gustaba discriminar a los visitantes, pero las hermanas se enorgullecían de sus ángeles, y les incomodaba la visión que tenían de ellos los aficionados con sus cristales y sus barajas de tarot.

La religiosa miró con satisfacción el montón de cartas. Las llevaría a la estafeta esa misma tarde.

De repente cayó en la cuenta de que había algo extraño en la petición del señor Verlaine. Sacó la carta del bolsillo de su falda y releyó la línea que afirmaba que la señora Rockefeller había mantenido una breve correspondencia con la abadesa del convento de Saint Rose, la madre Innocenta, entre los años 1943 y 1944. Las fechas llamaron la atención

de Evangeline. Algo trascendental había ocurrido en Saint Rose en 1944, algo tan trascendental para la tradición de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua que habría sido imposible ignorar su importancia.

Recorrió la biblioteca pasando junto a las mesas de roble pulido, adornadas con pequeñas lámparas de lectura, hasta alcanzar una puerta antiincendios de metal negro en el extremo más lejano de la sala. Sacó un manojito de llaves del bolsillo y se dispuso a abrir el archivo. ¿Sería posible —se preguntó mientras abría la puerta—, que los sucesos de 1944 estuvieran de alguna manera relacionados con la petición del señor Verlaine?

Considerando la cantidad de información que contenía el archivo, se le había concedido un mísero espacio en la biblioteca. Alrededor de la estrecha habitación había estanterías metálicas con cajas cuidadosamente alineadas. El sistema era simple y ordenado: los recortes de periódico estaban guardados en cajas en el lado izquierdo de la sala; la correspondencia del convento y los efectos personales como cartas, diarios y manualidades de las hermanas fallecidas, a la derecha. Cada caja estaba etiquetada con el año y colocada cronológicamente en un estante. El año de la fundación del convento de Saint Rose, 1809, encabezaba la procesión, y el año en curso, 1999, la concluía.

Evangeline conocía muy bien la relación de artículos de periódico porque la hermana Philomena le había asignado la laboriosa tarea de proteger las delicadas hojas de papel entre acetatos. Después de numerosas horas manipulando y depositando los recortes en cajas de cartón libres de ácido, se sintió bastante mortificada por su falta de habilidad para localizarlos inmediatamente.

Recordaba con precisión y vívido detalle el suceso acaecido a principios de 1944: aquel invierno, un incendio había destruido la mayor parte de los pisos superiores del convento. Evangeline había archivado en su día una fotografía amarilleada del mismo, con el techo devorado por las llamas, el patio nevado lleno de anticuados camiones de bomberos Seagrave mientras cientos de monjas en hábitos de

sarga —atuendo no demasiado diferente del que seguían vistiendo las hermanas Bernice y Boniface— contemplaban cómo ardía su hogar.

Evangeline había escuchado el relato del incendio de boca de las hermanas mayores. Aquel frío día de febrero, cientos de monjas temblorosas contemplaron desde los patios cubiertos de nieve cómo el convento era pasto de las llamas. Un grupo de temerarias hermanas regresaron al interior del mismo, subieron por la escalera del ala este —el único paso que no había caído preso de las llamas— y tiraron somieres de hierro, mesas y tantas sábanas como les fue posible por las ventanas de la cuarta planta, en un intento de salvar sus posesiones más preciadas. La colección de estilográficas de las religiosas, guardada en una caja de metal, fue arrojada al patio; se rompió al golpear el suelo helado, lanzando por los aires tinteros, que volaban como si de granadas se tratara y a su vez se hicieron añicos tras el impacto. Los tinteros estallaron en grandes salpicaduras de colores en el suelo, heridas rojas, negras y azules desangrándose en la nieve. Muy pronto en el patio se formó una montaña de inservibles muelles de cama retorcidos, colchones empapados, mesas rotas y libros deteriorados por el humo.

A los pocos minutos de detectarse, el fuego se propagó por el ala principal, atravesó la sala de costura, devorando rollos de muselina negra y algodón blanco, se desplazó después hacia la sala de bordado, donde incineró los pliegues de labores y encajes de estilo inglés que las hermanas habían estado guardando para venderlos en el bazar de Pascua, y finalmente alcanzó las alacenas de material de arte abarrotadas de un arco iris de papel de seda en forma de junquillos, narcisos y cientos de rosas multicolores. La lavandería, una factoría inmensa poblada de rodillos para escurrir la ropa de tamaño industrial y planchas calentadas al carbón, fue también pasto de las llamas. Explotaron recipientes de lejía que alimentaron el fuego y llenaron todos los pisos inferiores de un humo tóxico. Cincuenta hábitos de sarga recién lavados desaparecieron en un instante de calor. Para cuando el fuego quedó reducido a una lenta e

hirviente columna de humo a última hora de la tarde, Saint Rose era un amasijo de madera carbonizada y placas metálicas del tejado al rojo vivo.

Finalmente, Evangeline dio con las tres cajas de 1944. Dando por supuesto que las noticias sobre el fuego se habrían extendido hasta mediados de ese año, bajó las tres, las apiló y se las llevó del archivo, cerrando luego la puerta con un golpe de cadera. A continuación regresó a su frío e inhóspito despacho para examinar el contenido.

Según un detallado artículo de un periódico de Poughkeepsie, el fuego se había iniciado en un lugar indeterminado de la cuarta planta del convento y se había propagado por todo el edificio. Una granulosa fotografía en blanco y negro mostraba el esqueleto del recinto con las vigas completamente calcinadas. El pie de foto rezaba: «El convento de Milton, asolado por un incendio matutino.» Al leer el artículo, Evangeline descubrió que seis mujeres, entre ellas la madre Innocenta, la abadesa que podría haber mantenido correspondencia con la señora Abigail Rockefeller, habían muerto asfixiadas.

Evangeline inspiró profundamente, impresionada al ver la imagen de su querido hogar engullido por las llamas. Abrió otra caja y hojeó las páginas de un fajo de recortes de periódico. Hacia el 15 de febrero, las hermanas se habían instalado en la planta baja del convento, durmiendo en cates, aseándose en la cocina, para ayudar en la reconstrucción de las zonas habitables. Siguieron con su acostumbrada rutina de oraciones en la capilla de la Adoración, que el fuego había respetado, manteniendo sus rezos de cada hora como si nada hubiera ocurrido. Repasando el artículo, Evangeline se detuvo de repente en una línea en la parte inferior de la página. Para su asombro leyó:

A pesar de la casi total destrucción de las propiedades del convento, se ha informado de que una generosa donación por parte de la familia Rockefeller permitirá a las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua reconstruir el convento de Saint Rose y la iglesia de Maria Angelorum.

Evangeline metió los artículos de nuevo en sus cajas, las apiló una encima de la otra y las devolvió a su lugar en el archivo. Una vez allí, se acercó lentamente hacia la parte trasera de la sala, donde encontró una caja marcada como «Documentos efímeros, 1940-1945». Si la madre Innocenta había mantenido correspondencia con una personalidad tan ilustre como Abigail Rockefeller, las cartas deberían estar archivadas entre dichos papeles. La monja depositó la caja en el frío suelo de linóleo, se sentó ante ella con las piernas cruzadas y se dispuso a examinar su contenido. Encontró toda suerte de documentos del convento: recibos de ropa, jabón y velas, un programa de 1941 de las celebraciones navideñas de Saint Rose y unas cuantas cartas de la madre Innocenta y el responsable de la diócesis sobre la llegada de las novicias. Para su frustración, no halló nada más.

Tal vez —razonó mientras devolvía los documentos a la caja correcta—, los documentos personales de Innocenta habían sido archivados en cualquier otra parte. Había una serie de cajas en las que podrían estar; «Correspondencia misionera» y «Caridad exterior» parecían especialmente prometedoras. Estaba a punto de seguir con otra caja cuando vislumbró un sobre de color pálido escondido bajo un paquete de recibos de suministros para la iglesia. Lo sacó y vio que iba dirigido a la madre Innocenta. El remitente estaba escrito con una caligrafía muy elegante: «Sra. A. Rockefeller, 10 W., calle Cincuenta y cuatro, Nueva York.» Evangeline notó cómo le subía la sangre a la cabeza. Tenía ante sí la prueba de que el señor Verlaine estaba en lo cierto: había existido una relación entre la madre Innocenta y Abigail Rockefeller.

Estudió atentamente el sobre y le dio un suave empujón. Una delgada hoja de papel cayó en sus manos.

14 de diciembre de 1943

Queridísima madre Innocenta:

Le envío buenas noticias de nuestros intereses en las montañas Ródope, donde nuestros esfuerzos han culminado con

un gran éxito. Sus consejos han sido de gran ayuda para el avance de la expedición, y me atrevo a decir que mi propia contribución también ha sido de utilidad. Celestine Clochette llegará a Nueva York a principios de febrero. Pronto recibirá más noticias al respecto. Hasta entonces se despide de usted, su segura servidora,

A. A. ROCKEFELLER

Evangeline se quedó mirando el papel que descansaba en sus manos. Aquello escapaba a su comprensión. ¿Por qué alguien como Abigail Rockefeller le escribiría a la madre Innocenta? ¿Qué significaba «nuestros intereses en las montañas Ródope»? ¿Y por qué había pagado la familia Rockefeller por la restauración de Saint Rose después del incendio? Nada de todo aquello tenía sentido. Por lo que Evangeline sabía, los Rockefeller no eran católicos y no tenían ninguna conexión con la diócesis. A diferencia de otras familias ricas de la Edad de Oro —de inmediato le vinieron los Vanderbilt a la cabeza—, no tenían una cantidad significativa de propiedades en los alrededores. Sin embargo, debía existir alguna explicación para un donativo tan generoso.

Plegó la carta de la señora Rockefeller y se la metió en el bolsillo. De regreso hacia la biblioteca, sintió al instante la diferencia de temperatura: el fuego había sobrecalentado la habitación. Retiró la carta que le había escrito al señor Verlaine del montón de correspondencia que esperaba a ser llevado a la estafeta y la arrojó a la chimenea. Cuando las llamas empezaron a lamer los bordes del sobre dibujando una fina línea negra en el grueso papel de carta rosa, una imagen de la martirizada Rosa de Viterbo acudió a la mente de Evangeline —la figura imaginada y temblorosa de una esbelta muchacha resistiéndose ante un fuego devorador— y luego desapareció como arrastrada por una voluta de humo.